

# Modernidad reflexiva y movimientos sociales

Miriam Alfie C.

Luis H. Méndez B.\*

*La intención de este artículo es analizar, en un primer momento, qué se entiende por modernización reflexiva, y cómo y por qué a partir de ella surgen nuevas identidades, proyectos y movilizaciones sociales. Y en segundo instante, profundizar sobre las particularidades que tales fenómenos adoptan en la realidad mexicana y su proyección hacia un futuro próximo. Utilizaremos para tal efecto dos movilizaciones sociales que, por sus particularidades y por el contexto en el cual se desarrollan, pueden dar cuenta de la influencia que la modernidad reflexiva tiene en nuestro país: el movimiento zapatista y el movimiento estudiantil de la UNAM; además analizaremos con un poco más de profundidad, pero con la misma intención, los movimientos ambientalistas en las zonas fronterizas de Ciudad Juárez- El Paso y Matamoros-Browsville, con el propósito de mostrar las formas, estructuras, identidades, proyectos y demandas de nuevos actores sociales en un escenario cambiante y conflictivo.*

## Modernidad y Riesgo

Una de las problemáticas más recurrentes del campo de conocimiento de la Sociología es la descripción, el análisis y la argumentación de las sociedades modernas. Los cambios que las sociedades tradicionales presentan, sus transformaciones estructurales, las acciones sociales y la conformación de nuevas identidades; son fenómenos que han sido ampliamente estudiados desde diferentes corrientes y autores. Sin embargo, desde fines de los años ochenta surge una corriente sociológica que trata de analizar a la modernidad en sí: sus características específicas, sus retos y los riesgos que ella encierra. Así, se hablará

de modernización tardía o reflexiva, entendiéndola no sólo como reflexión, sino como autoconfrontación de la modernidad consigo misma. Las sociedades modernas desarrollan un típico modelo industrial y tecnológico que conlleva a una serie de cursos de acción, de efectos que provocan riesgo, contingencia y peligro, no sólo para las existencias colectivas sino también para los individuos.

Para autores como Ulrich Beck, Anthony Giddens o el mismo Niklas Luhmann, la discusión actual y central de la Sociología no son ya las transformaciones de una sociedad tradicional<sup>1</sup> a otra moderna, sino las características propias que adopta la modernidad reflexiva

\* Profesores-investigadores del Departamento de Sociología de la UAM-A.

<sup>1</sup> Cuando hablamos de una sociedad tradicional, nos referimos a todo aquel conglomerado social que se encuentra determinado por la racionalidad impuesta

va, sobre todo en Europa Occidental. Para estos autores la discusión plantea la siguiente premisa: "Si modernización simple (u ortodoxa) significa, en el fondo, en primer lugar la desvinculación y en segundo lugar, la revinculación de las formas sociales tradicionales por las formas sociales industriales, entonces modernización reflexiva significa primero la desvinculación y luego la revinculación de las formas industriales por otro tipo de modernidad".<sup>2</sup>

El principio radica en que toda decisión provoca riesgo y el no decidir también lo es. "Cualquier tipo de decisión sobre posibles cursos de acción que se toman conllevan un riesgo. Es más, el no decidir, o el posponer algo es ya una decisión, y por tanto, comporta riesgo".<sup>3</sup> La contaminación, es el ejemplo más claro de las decisiones tomadas por las sociedades industriales y los efectos colaterales que éstas han provocado en el individuo y la sociedad, pero al igual que el peligro nuclear o las crisis económicas, estos fenómenos dejan de ser problemas particulares de una nación y se convierten en asuntos globales que afectan a toda la humanidad.

Se puede decir que en la modernidad tardía lo improbable deviene en probable, las decisiones de llevar una determinada dirección abren un campo de avance pero ésta puede resultar en dirección contraria a lo previsto, surgen entonces; las llamadas consecuencias no esperadas de la acción. Así, esta sociedad tiene un carácter altamente precario y aunque el orden es una meta por conseguir, la

por otro orden generador de otro tipo de modernidad; en lo general, tiene que ver con la modernidad de la sociedad industrial imaginada como generadora de justicia social a través de un Estado Benefactor. Sin embargo, a pesar de sus especificidades particulares, vive la contradicción, a veces angustiante, de compartir, de manera desigual, las contingencias y los riesgos generados por la modernidad reflexiva.

<sup>2</sup> Beck, U., et.al. *Modernización Reflexiva*. Madrid, Alianza Universidad, 1997, p. 15.

<sup>3</sup> Beriain, J. *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*, Antrophos, Barcelona, 1996, p. 16. Es importante distinguir entre riesgo y peligro. Hablamos de riesgo cuando los daños se producen y afectan sólo a los que toman la decisión y el peligro se presenta cuando los daños se atribuyen a causas fuera del control y afectan a otros que no han tomado la decisión, cuando los daños son ocasionados externamente a la decisión y afectan el entorno (humano o material).

premisas es la improbabilidad del orden social, pues mientras en las comunidades tradicionales el orden es una lucha contra la indeterminación, contra la ambivalencia del caos, en las sociedades modernas el orden deviene más improbable debido a las condiciones de su estabilización y peligro. Este nuevo panorama heredado por la sociedad industrial plantea el desorden, la ambivalencia y las permanentes contingencias, no hay nada establecido, no hay nada permanente.

En las sociedades modernas reflexivas, se produce la coexistencia problemática entre la expansión de opciones y la de los riesgos, ambas indisociables. Pues, por un lado, así como se dan nuevos movimientos y fenómenos sociales entre los que destacan la lucha por los derechos de la mujer, las iniciativas ciudadanas frente a las centrales nucleares, los conflictos regionales, las luchas religiosas o el cuidado ambiental, entre otros. Por el otro, la ciencia se enfrenta a una nueva problemática, que frecuentemente deviene en asunto ético, en relación a sus fundamentos y aplicaciones que generan efectos sociales no deseados entre posibilidades y riesgos. "En un mundo que se encuentra dividido y dominado por la actividad profesional las perspectivas de futuro y las oportunidades de expansión de la ciencia paradójicamente quedan sujetas a la crítica de la ciencia".<sup>4</sup> Dentro de la sociedad industrial crecen la incontrolabilidad de las consecuencias perversas de una modernización que se aleja de las pretendidas normas establecidas y convierten a "...la ciencia y la técnica como posible origen de problemas y fallos..."<sup>5</sup>

Acostumbrados a observar la realidad mediante binomios distintivos, donde la elección de uno negaba al otro (capitalismo o socialismo, pasado o futuro, tradición o modernidad), una característica adicional de la etapa de modernización reflexiva es que para la segunda mitad del siglo XX surge la época del "y" y con ella la ambivalencia, el rompimiento de seguridades, un desarrollo que deriva al mismo tiempo en un juego de suma negativa

<sup>4</sup> Beck, U. *La Sociedad del Riesgo*. Barcelona, Paídos Básica, 1998, p. 204.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 208.

en torno al daño colectivo causado al grupo. Para Luhmann una modernización reflexiva sólo es posible cuando se conectan las consecuencias no pretendidas de cursos de acción con las actividades respectivas de cada uno de los ámbitos sociales diferenciados como las dos caras de lo social, que coexisten problemáticamente.

De este modo, cuanto más racionalmente se evalúa y de forma más compleja se realiza el cálculo, más novedades aparecen en relación al desconocimiento sobre el futuro, con la consiguiente indeterminación del riesgo y sus consecuencias. El futuro de la sociedad moderna se presenta como riesgo, como innovación, como apertura, sin fines teleológicos, sin sujetos predeterminados. Se dice entonces que esta modernidad es contingente, que puede cambiar lo que es observado y a los que observan pues no existen certezas u orden que asegure un fin específico. El riesgo aparece como una categoría clave que nos afecta de manera global.

El cambio climático, la deforestación, los peligros nucleares y químicos, el efecto invernadero, etc., se convierten en un peligro latente que pone en cuestionamiento los sistemas de confianza básica dirigidos por los expertos. Se abre así una puerta que limita toda seguridad, ésta se convierte en un anhelo, en una ficción social, pues el riesgo invita a pasar y quedarse a la contingencia, a lo inesperado. No hay en las sociedades modernas tardías ninguna conducta exenta de riesgos; por tanto, la propia política, como una actividad más, está expuesta a la situación de riesgo. En palabras de Luhmann "...la puerta del paraíso se cierra con la presencia del término de riesgo".<sup>6</sup>

La descripción de las sociedades modernas encuentra su especificidad en la contingencia, ésta penetra las estructuras sociales, el uso de signos, la tecnología y hasta la

<sup>6</sup> Luhmann hace una distinción entre riesgo y peligro, "...distinción que presupone la existencia de incertidumbre respecto a un daño futuro. El daño eventual es visto como consecuencia de la decisión, por lo cual se habla de riesgo de la decisión. Hablamos de peligro cuando el hipotético daño, entendido como causado desde el exterior, se le atribuye al entorno." *Ibidem.*, p. 139 y 144.

ciencia. Contingente es todo lo que no es necesario ni es imposible, pero tampoco determinable, ello conduce a una lógica polivalente, a una descripción del mundo donde se termina el orden natural, el orden dado, las cuestiones teológicas-morales y el derecho natural.<sup>7</sup>

Si las sociedades reflexivas son producto de la modernidad tardía, y las que aún se encuentran en el paso de la tradición a este nuevo tipo de modernidad, son una especie de híbridos que combinan espacios y formas de desarrollo, y que, sobre todo, viven el riesgo de una manera distinta. Aún cuando este es un tema que nuestros autores no tocan a profundidad, nos parece pertinente establecer que, a nuestro juicio, este tipo de sociedades vive de una manera particular el riesgo. Arrastradas por una serie de decisiones tomadas en los países del primer mundo, se viven los riesgos de manera más temible, más costosa, más profunda. No sólo porque al ser economías emergentes, nuestras capacidades tecnológicas y científicas para prevenir o calcular el riesgo son infinitamente menores a las economías industrializadas, sino que también las consecuencias perversas de los modelos de desarrollo adoptados se viven unidas a pobreza y marginación. Pensemos en la profundidad que las crisis económicas en países tan lejanos como Rusia han provocado en nuestra mermada economía, o los desastres ecológicos y climáticos que nuestro país enfrentó recientemente y los cuales provocaron consecuencias devastadoras; afectando a infinidad de poblaciones.

Hemos entrado a una globalización que define un modelo, pero éste, sus consecuencias y riesgos, se viven diferencialmente. Nuestra precaria democracia en construcción no ha podido consolidar estructuras e instituciones "reflexivas", compromisos políticos que vayan

<sup>7</sup> La contingencia para Luhmann tiene que ver con la observación. Distingue dos tipos: a) la observación elemental que utiliza las diferencias como esquema, y que no originan para el observador contingencia alguna, y b) las observaciones de segundo orden que posibilitan la co-interpretación de la contingencia y la reflejan conceptualmente. Son observaciones de observaciones. Todo se convierte en contingente cuando lo que es observado depende de quien lo observa. Cfr. Luhmann, N. "La Contingencia como atributo de la Sociedad Moderna." en Beriain, J. *Las Consecuencias Perversas de la Modernidad*, op.cit., p. 177-178.

más allá de lo urgente, que construyan proyectos o escenarios de cálculo y probabilidad; seguimos nadando en el mar de la globalización pero sin saber ni conocer a qué tipo de aguas nos enfrentamos. “La historia del reparto de los riesgos muestra que éstos siguen, al igual que las riquezas, el esquema de clases, pero al revés: las riquezas se acumulan arriba, los riesgos abajo” “...a la insuficiencia de los suministros se añade la falta de seguridad y una sobreabundancia de riesgos que habría que evitar. Frente a ello, los ricos (en ingresos, en poder, en educación) pueden comprarse la seguridad y la libertad respecto del riesgo”.<sup>8</sup>

No es extraño que los riesgos y el daño provocado por las sociedades industriales estén repartidos en las zonas más pobres y marginadas. Los centros de producción industrial que arrojan sustancias nocivas al aire, agua y cielo se localizan, por lo general, en zonas habitacionales baratas con población de bajos recursos, las cuales por la falta de medios o por miedo a perder el empleo, aumentan su capacidad de tolerancia al daño permanente, no sólo del presente inmediato sino del futuro próximo. Los países pobres, las economías emergentes recibirán con mayor tolerancia, por la posible pérdida de ingresos; a estas industrias que vienen a acabar con todo. “A la pobreza del Tercer Mundo se añade el miedo al desencadenamiento de las fuerzas destructivas de la industria desarrollada del riesgo”.<sup>9</sup>

Sin embargo, el riesgo es contagioso para los países ricos, la sociedad mundial se convierte en una comunidad de peligros. Lo que cabría señalar es que si bien el riesgo es global, las consecuencias y la forma en que éste se vive y se enfrenta es altamente diferenciada, ya sea por la estructura económica, política y tecnológica de los diversos países, así como por la capacidad de respuestas, movimientos y demandas específicos de cada sociedad.

Hemos señalado cómo esta modernidad tardía implica riesgo, las decisiones tomadas por la sociedad industrial y el progreso tecnológico dejan de tener un contenido, lineal, pro-

gresivo y, abren un abanico de posibilidades donde las consecuencias de los rumbos de acción son diversas. Aún cuando la modernidad reduce riesgos en ciertas áreas gracias al conocimiento sistematizado, al mismo tiempo introduce nuevos parámetros de riesgo desconocidos totalmente.

Entre los riesgos más terribles se encuentran el peligro nuclear, la crisis ecológica, el colapso de la economía mundial y el crecimiento de Estados totalitarios. Nos parece pertinente aclarar que la modernización reflexiva se refiere no al propio adjetivo de la reflexión, sino a la autoconfrontación: “... el tránsito de la época industrial a la de riesgo se realiza anónima e imperceptiblemente en el curso de la modernización autónoma conforme al modelo de efectos colaterales latentes”.<sup>10</sup> Es decir, no es que las sociedades adopten un modelo de riesgo, sino que el propio desarrollo industrial conduce a esta opción no elegida, pues los procesos de modernización son ajenos a las consecuencias y peligros que cuestionan, denuncian y transforman los fundamentos de la sociedad industrial. Es más, el mayor conocimiento, la mayor reflexión no garantiza la abstracción y negación de los efectos y peligros a los que hoy estamos expuestos. La modernización reflexiva se entiende como la autoconfrontación con los efectos de la sociedad de riesgo, efectos que no pueden ser medidos y asimilados por los parámetros institucionalizados de la sociedad industrial. Para Beck en la sociedad de riesgo existe una relación de lo reflexivo y la reflexión, pues las comunidades modernas se confrontan con los fundamentos y límites de su propio modelo, al mismo tiempo que no modifican sus estructuras, no reflexionan sobre sus efectos y privilegian un continuismo industrial. Así, “...se entiende por modernización reflexiva una transformación de la sociedad industrial, que se produce sin planificación y de manera latente en el transcurso normal, autónomo de la modernización y que apunta bajo tres aspectos al invariable e intacto ordenamiento político y económico: una radicalización de la modernidad, que desvincula a la sociedad industrial

<sup>8</sup> Beck, U. *La Sociedad del Riesgo*, *op.cit.*, p. 41.

<sup>9</sup> *Ibidem.*, p. 49.

<sup>10</sup> Beck, U. “Teoría de la Sociedad del Riesgo” en Beriain, *op.cit.*, p. 202.

de sus perfiles y premisas y que, a causa de lo cual, abre paso a otra modernidad —o a la contramodernidad”.<sup>11</sup>

Las decisiones personales son arriesgadas, porque no pueden seguir con los modelos establecidos, las diferentes acciones sociales vividas en roles tradicionales se convierten en riesgos, mientras que los peligros sociales (flexibilización del trabajo, relaciones laborales), técnicos (alimentos modificados, ingeniería genética) y globales (deforestación, agujero de ozono) son soportados y distribuidos como condición existencial con todas sus contradicciones indisolubles.

Si bien los efectos de la sociedad industrial hoy son detectados y analizados en los países desarrollados, lo interesante es que aún allí no se han modificado ni las instituciones y ni las formas de conocimiento para profundizar en los graves peligros que este modelo ha propiciado. Pensamos que si en estos países de Europa Occidental o los Estados Unidos estos estudios son las primeras aportaciones a un cuestionamiento amplio sobre la sociedad industrial y tecnológica, en las economías emergentes poco o nada se conoce sobre la problemática, seguimos funcionando en un papel netamente industrializador, donde el progreso se mide por la capacidad de atraer mayores inversiones a través de industrias transnacionales, o de alianzas estratégicas con capitales mundiales, o básicamente un modelo maquilador que a la larga, como lo han demostrado treinta años de permanencia en el país, han fomentado el empleo pero junto a ello una terrible contaminación; deterioro del ambiente y precariedad en la salud y calidad de vida de nuestros habitantes.

Para nuestro país sería cuestionable hablar de una modernidad reflexiva extendida, pura, inminente, seguimos en infinidad de aspectos ligados al modelo industrial, a las certezas de la tradición, a las viejas formas de hacer política; sin embargo, ello no quiere decir que no nos veamos arrastrados, llevados a este carro de tren de la modernidad global, la vivimos, convive con las formas tradicionales, con

el deterioro cultural y ecológico, con la pérdida de seguridades, con un individualismo que lejos de hacernos más concientes, activos y participantes de la realidad social, nos remite a un egoísmo, al aislamiento, a una falta de movilidad activa y permanente y, a pocos destellos de participación en la realidad política nacional.

Para conocer, comprender y entender lo que está ocurriendo en nuestro país y en el mundo, son necesarias, además del conocimiento empírico, categorías teóricas y analíticas novedosas que den una respuesta fiable frente a los cambios, riesgos y peligros que vivimos. Nuestra intensión será explorar, desde esta perspectiva, las nuevas identidades, sujetos y movilizaciones sociales que en nuestro país se presentan, así como la posibilidad que tienen para abrir un campo de transformaciones socio-políticas.

## **Identidad y Movimientos Sociales**

Nuestra apuesta política se centra en la importancia que la Sociedad Civil puede tener en la conformación de una sociedad más democrática. La participación social, la amplia información y las distintas formas de organización fortalecerán la espina dorsal de las prácticas políticas; dando pie a un espacio público en construcción que intersecta a la Sociedad Civil y al Estado. Mantenemos nuestra hipótesis de que sólo el fortalecimiento de este nuevo espacio, puede dar lugar a una democracia de dos caras; que no sólo observe, analice y fomente la democracia mínima, procedimental, mediante elecciones limpias, sino que se cree una democracia participativa real, permanente y constante en los espacios de la Sociedad Civil.

Es necesario hacer notar que coincidimos con el panorama que los autores anteriormente citados nos describen, aún cuando México es una sociedad emergente y tiene pocas características como las planteadas en las sociedades reflexivas. Vivimos en un contexto global que nos arrastra y nos lleva a experimentar de manera más perjudicial y caótica las condiciones de riesgo tanto ambiental,

<sup>11</sup> Beck, U. “Teoría de la Modernización Reflexiva” en Beriain, *op.cit.*, p. 233.

como económica y política, no sólo porque carecemos de una estructura científica, técnica o en su caso económica que pueda hacer frente a esta situación, sino que sobre todo en nuestro país siguen presente formas, prácticas, instituciones permeadas por la tradición, por verdades incuestionables y por universalismos comandados por guardianes de este saber.

Estas sociedades permeadas por la ambigüedad y por la no certeza se combinan en nuestra realidad de dos maneras: a) con la tradición en comunidades y amplios sectores sociales y b) con las seguridades artificiales defendidas por la sociedad industrial. Ello sobredimensiona y complica no sólo el análisis sobre la realidad social mexicana, sino también la profundización de explicaciones sobre las nuevas identidades y el papel de los movimientos sociales en nuestro país.

De entrada cabe la pena mencionar que el rompimiento de las viejas instituciones y la creación de nuevos discursos e imágenes propios de la sociedad de riesgo, plantearían sociedades, identidades y movimientos híbridos. El contacto deseado o no con el resto del mundo, con la sociedad global, implica una mezcla interesante de culturas, espacios, tecnologías, saberes e información que hoy se difunden y conocen a través de la informática, los medios masivos de comunicación y la red; dando lugar a identidades diversas, complejas y multiformes. De la misma manera la diversidad de estilos de vida y de construcciones biográficas —*self made*— se vuelve el eje central de la conformación de Sujetos, y si a ello agregamos que en la sociedad de riesgo los peligros son para todos (claro que habría que diferenciar quiénes se encuentran mejor preparados frente al peligro, sus condiciones materiales, educativas, formales, etc.), encontramos que los individuos deberían adoptar posturas más conscientes, acciones de vida que cuestionaran las decisiones a las cuales la sociedad industrial nos condujo. Sin embargo, en un país que vive la transición entre la tradición y la modernidad reflexiva, pocos serían los individuos localizados en este nivel de conocimiento de la precariedad, del riesgo, de la incertidumbre; aunque no por ello no la viven de manera cotidiana y terrible.

Ante ello, pretendemos en este aparta-

do analizar que elementos de los autores estudiados pueden dar luz sobre las formas de participación social en las sociedades emergentes. Nos interesa sobremanera disertar sobre esta teoría para hallar las formas de acción de los movimientos sociales, señalando que el nuevo auge que han cobrado actores internacionales como las ONG, ciertas asociaciones y movimientos sociales varios, sólo podrán ser realmente valiosos cuando se conecten y articulen demandas, acciones y propuestas con los sectores realmente afectados y constituyan un movimiento real, en el que existan redes de participación constante y permanente.

Así, para Giddens, en la modernidad tardía aparecen consecuencias negativas que afectan la vida cotidiana de todos los que habitamos el planeta, entre ellas destacan: los peligros nucleares, las crisis económicas, el caos ecológico y la constitución de Estados totalitarios. En ellos se desmascara, con más nitidez que antes, el control instrumental. La combinación de los riesgos con la caída de los centros de control, da lugar a respuestas sociales, a diferentes estilos de vida, interrelacionados local-globalmente, a compromisos políticos y a la aparición de nuevos movimientos sociales: "...la política de la vida —relacionada con la autoactualización humana en el nivel de lo individual y de lo colectivo— surge de la sombra que la política emancipatoria ha proyectado".<sup>12</sup>

Por ello, el autor señala la importancia de los nuevos movimientos sociales; respuestas que están dirigidas a la autorrealización, a una política local-global, a la emancipación y a la construcción de un sistema post-escasez. Distingue así cuatro movimientos sociales que proporcionan pautas de transformación futura de las consecuencias que la modernidad y la globalización han provocado: a) movimientos democráticos que valoran y luchan por la libertad de expresión, proclaman la participación democrática de todos los estamentos y pretenden generar un orden mundial orientado a luchar contra el autoritarismo; b) movimientos por la paz que pretenden la desmilitarización, la trascendencia de la

<sup>12</sup> Giddens, A. "Vivir en una Sociedad Postradical" en *Modernización Reflexiva*. op.cit., p. 45.

guerra y el fin de las crisis nucleares c) movimientos ecológicos (contracultura) que pugnan por la humanización de la tecnología y un sistema de cuidado del planeta y d) movimientos obreros que intentan crear un sistema post-escasez, una organización económica socializada que supere las crisis económicas.<sup>13</sup>

En la modernidad tardía, la vida social se presenta abierta, con una pluralización de contextos de acción e infinidad de autoridades, por ello la elección del estilo de vida es cada vez más importante en la constitución de la autoidentidad y en la actividad diaria. Las nuevas identidades “reflexivas” se construyen a través de decisiones cotidianas, que delínean el estilo de vida y que toman en cuenta los riesgos, los cuales son filtrados por el conocimiento experto. Aún cuando, podría parecer que estamos hablando de sociedades opulentas, individualizadas, construidas a partir de incertidumbre y riesgo, de decisiones personales, de una variedad de verdades, basadas en un sistema de confianza en los expertos, Giddens no desecha la idea de la desigualdad en la modernidad tardía y destaca al género y a la etnicidad como posibles focos de diferente acceso a las formas de realización individual y desigualdad social. “...no se debería olvidar que la modernidad produce diferencia, exclusión y marginalización”.<sup>14</sup> Así, el estilo de vida refiere también a la toma de decisiones y a cursos de acción sujetos a impedimentos y rezagos materiales; y también éstos pueden ser construcciones de rechazo a formas ampliamente difundidas de comportamiento y consumo.

Para Ulrich Beck los movimientos sociales surgen a partir de que las desigualdades ya no se depositan en una clase social, sino que éstas se individualizan y son comunes a todos. Las inseguridades, la incertidumbre y los riesgos tienden a la individualización, ello provoca que la política se descentralice y que hoy sean los individuos conscientes de sus problemas locales, los que se unan en redes, con ONG, asociaciones y movimientos internacio-

<sup>13</sup> Para mayor información puede consultarse Giddens, A. *Las Consecuencias de la Modernidad*, op.cit., p. 123-160.

<sup>14</sup> Cfr. Giddens, A. *Modernidad y Autoidentidad*. op.cit, p. 39.

nales, para realizar acciones tendientes a plantear cambios en donde se actúe localmente y se piense globalmente, pero también esta propuesta fortalece a la llamada subpolítica, pues frente a la caída del poder central, de las verdades universales, de las instituciones incuestionables, del fallido sistema de expertos científicos, los individuos conscientes de los riesgos tratarán de equilibrar mediante su participación activa y permanente los destrozos a los cuales nos condujo la sociedad industrial. “En la segunda modernidad, junto a la sociedad mundial de los Estados nacionales surge una poderosa sociedad mundial no estatal que se diferencia de las hasta ahora vigentes formas de legitimación política, sociedad mundial que se compone de actores transnacionales de muy diversa índole”.<sup>15</sup>

Tampoco Beck descarta la idea de que al provocarse infinidad de inseguridades, difícilmente delimitables, puedan surgir luchas de facciones en todos los niveles. La modernización reflexiva abarca un único dinamismo de desarrollo, que por sí mismo, aunque en contextos diferentes, puede tener consecuencias opuestas. “En varios grupos culturales y en continentes diversos va acompañada de nacionalismo, pobreza masiva, fundamentalismo religioso de facciones y fe diversas, crisis eco-

<sup>15</sup> Para Beck los rasgos distintivos de estos movimientos son: 1. Actúan en muchos lugares, franqueando fronteras, incluso transnacionalmente, con lo que queda abolido el principio territorial del Estado nacional. 2. Su quehacer resulta, en muchos aspectos, más inclusivo y menos exclusivo que el de los actores estatales (así las empresas transnacionales y los activistas de Greenpeace actúan al mismo tiempo y en distintos Estados, sus miembros pertenecen a distintas naciones, etc.) 3. Actúan a menudo de manera eficaz como instancias nacionales-estatales, conforme a los criterios de éxito esenciales para el quehacer estatal (por ejemplo, para eliminar el paro o asegurar el bienestar, pero también para denunciar judicialmente las violaciones de los derechos fundamentales); así son también las empresas transnacionales que crean o destruyen el bienestar y puestos de trabajo en un lugar determinado; también Amnistía Internacional denuncia de manera pública —y bastante eficaz— las violaciones de los derechos fundamentales, que los Estados silencian por motivos diplomáticos. 4. Los actores no estatales y transnacionales crean —por así decir— propia soberanía inclusiva al servir de los Estados territoriales exclusivos. Beck, U. *¿Qué es la Globalización? Falacias del Globalismo, Respuestas a la Globalización*. op.cit., p. 146-147.

nómicas, crisis ecológicas, posiblemente guerras y revoluciones, sin olvidar los estados de emergencia provocados por grandes accidentes catastróficos; es decir, el dinamismo conflictivo de la sociedad del riesgo en el sentido más estricto”.<sup>16</sup>

En este contexto amenazador de nuestras sociedades donde los peligros son globales, Beck no desecha la idea de que se puedan generar respuestas sociales que asomen a focos neo-nacionalistas o neo-fascistas, por atavismos transhistóricos que se han atesorado y acumulado en conceptos reprimidos y en forma de vivencias colectivas como pueblo, nación, identidad étnica, que ahora explotan de manera cruenta. La revitalización de lo ancestral brota del reflejo de encapsulamiento producido en vista de los difusos peligros globales que ya no son predecibles, que rompen cualquier seguridad. El orden de la guerra fría queda hecho pedazos, un buen número de individuos recurre a lo arcaico, echan mano de barreras para protegerse ante lo inprotegi-ble. La pérdida de orden —la ilimitabilidad de los peligros que hoy pululan— es lo que ha favorecido el repliegue tras lo ancestral. Se trata de defender la ilusión perdida, la ilusión de un mundo único.

A partir de estas explicaciones hemos decidido aventurarnos y crear, a modo de tipos ideales, tres movimientos sociales propios de la modernidad reflexiva. Por un lado, se presentan Movimientos-Conscientes; movilizaciones de individuos conscientes, responsables de sus estilos de vida y biografías electas, activos, unidos local y globalmente a través de redes de acción que pugnan por la resolución de problemas globales, cuyas particularidades son el contacto permanente con las nuevas tecnologías, medios masivos de comunicación, información de cualquier recóndito lugar, la separación del espacio físico, el rompimiento con los patrones tradicionales, la construcción de biografías *self made*, y la revaluación del papel que como sujetos tiene en la política. Este tipo de movimientos sociales estarían fundamentalmente preocupados por las crisis económicas, el caos medioambiental, los conflic-

tos nucleares y la necesidad de una amplia participación política de todos los sectores sociales y en todos los ámbitos. Tanto las identidades como los movimientos sociales que nacen en los países que viven de manera contundente la modernidad reflexiva estarían contemplados en este primer modelo. Así, la modernidad reflexiva abre posibilidades para encausar la acción social de manera global, consciente; se presenta como un trampolín que permite brincar a la construcción de una sociedad multiforme en donde se plasmen infinidad de discursos, culturas e identidades, inmersas y profundamente conscientes de los peligros que hoy vivimos.

El segundo modelo plantea la posibilidad que en el mismo contexto de modernidad reflexiva, ante el riesgo, la ambivalencia y la pérdida del mundo único, se presenten movilizaciones sociales que recurran a la defensa de las viejas tradiciones, de las certezas incuestionables, de seguridades plenas y el posible restablecimiento de la confianza. En este modelo situaríamos dos casos: a) Movimientos-Autoritarios que ante el riesgo, la pérdida de poder, los nuevos patrones culturales o tecnológicos actúan defendiendo formas tradicionales que van desde el ámbito económico, hasta el político, religioso o cultural. En ellos las salidas políticas son de corte autoritario, excluyente y de fuerza. En este caso el ecofascismo, el neonazismo o el fundamentalismo son tres posibles escenarios; y b) Movimientos-Híbridos, la modernidad reflexiva por sus propias características asume en los países emergentes la cara más terrible y caótica, los habitantes de estas regiones vivirán permanentemente y de manera cotidiana el caos ecológico, la marginación, la exclusión, el potenciamiento de las inseguridades ligadas a la alimentación, vivienda, educación, un presente y futuro incierto, pedregoso, que afecta no sólo a comunidades, sino a los individuos que en ellas habitan. El deterioro medioambiental, las crisis económicas recurrentes, el autoritarismo político y los peligros nucleares aunque son problemas globales son vividos de manera aguda, diferenciada y costosa para las sociedades emergentes, en ellas los movimientos se caracterizan por actuar con sus modos y prácticas, defender lo perdido pero en un contexto de riesgo, incertidumbre y caos. Al sentirse excluidos por el nuevo modelo actúan tra-

<sup>16</sup> Cfr. Beck, U. “La Reinención de la Política...” *op.cit.*, p. 17.



FOTO: BERNARDO MONCADA R.

dicionalmente, defienden sus espacios pero, al mismo tiempo utilizan los foros y medios prestados de la globalización (medios masivos, internet, etc.) y sus movimientos se conectan a todo el mundo.

Así, en un mundo cada vez más globalizado y en un contexto de riesgo permanente, los movimientos sociales se convierten en piedras angulares para el estudio de las posibles transformaciones sociales. Nos parece relevante destacar que si bien hoy existen posibilidades de movimientos sociales referidos a problemáticas globales, a peligros mundiales, a una concientización mayor a nivel individual, a una política de un individuo activo y permanentemente informado, a una elección de estilos de vida, también esta modernidad que se vive a fuerza en sociedades híbridas, que se carga como un riesgo no decidido sino vivido, como una ola que arrastra las certezas, el orden y la tradición, provoca y es el telón de fondo de graves desigualdades, de impedimentos, de rezagos materiales de respuestas sociales provocadas por la diferencia, por la exclusión, por la marginalización, entre ellas una defensa de lo conocido, de la tradición, de la posibilidad de aferrarse a un orden que se va, que se aleja, respuestas y movimientos que enaltecen lo local, lo particular,

el rechazo a formas ampliamente difundidas de comportamiento y consumo, son enarboladas y difundidas por la propia especificidad de la globalización y los medios que ésta ha creado. O puede dar pie a respuestas autoritarias donde la tradición, el centralismo político o los valores religiosos y morales vuelven a cobrar fuerza.

Estos tres tipos señalados no se presentan de manera aislada en la sociedad, la combinación, las particularidades y el contexto propio dan lugar a infinidad de respuestas en amplios espacios y así como podemos hallar movimientos-conscientes en las sociedades netamente reflexivas, en este mismo espacio podrán surgir movimientos autoritarios o híbridos. De igual manera que en las sociedades emergentes podremos encontrar los tres tipos de movimientos o combinaciones de ellos.

Queda claro que la lección más importante para nosotros sobre la modernización reflexiva es el fortalecimiento de los sujetos, la existencia de un predominio de la agencia sobre la estructura, el creciente poder de los actores sociales, el retroceso de las viejas estructuras suplantadas por las estructuras informativas y comunicativas. Sólo el fortalecimiento de la Sociedad Civil y de los Sujetos

que en ella intervienen a través de movimientos sociales, ONG y asociaciones podrá revalorar el ámbito de la política mediante la participación activa, amplia y permanente para poder enriquecer las posibilidades prácticas y reales de un país más democrático.

## **Modernidad y movimientos sociales en México**

Después de describir los contenidos esenciales de la nueva modernidad capitalista, parecería forzado incluir en ella la desarticulada vida nacional. Sin embargo, por extraño que parezca, este nuevo tiempo mexicano, tan lejano aún de las nuevas tecnologías y de la fábrica global; tan distante de los beneficios generados por la nueva era industrial en los países del primer mundo; tan inmerso en su ancestral miseria, en su ignorancia y en su hambre, forma parte —por gusto o por fuerza—, de la racionalidad mundial antes descrita; comparte —muy a su pesar y de manera desigual— la contingencia y el riesgo propios del nuevo orden internacional.

Hoy resulta evidente que no sólo son los proyectos que rigen la vida económica del país —y sus amargos resultados— los que tienen que ver de manera directa con este mundo globalizado; lo mismo sucede con el llamado proceso de transición política que, a lo largo de tres lustros, ha encauzado a la sociedad mexicana por un complicado e incierto camino, incapaz todavía de desembocar en la construcción de un orden legítimo y creíble; y ni que decir de la transición democrática y su propuesta de democracia electoral, y por supuesto, también del despertar de una sociedad civil que, en su mayoría, se opone a esta modernidad aún y cuando, y muchas veces sin saberlo, se encuentra inserta en ella.

Qué mejor ejemplo al respecto, que la inmensa mayoría de los movimientos sociales en el México de hoy. No comparten las características que definen a los nuevos movimientos sociales en los países de la modernidad reflexiva, pero sí comparten la contingencia y el riesgo propios del nuevo orden internacional. Sin ser pluriclasistas, apartidistas, desideo-

logizados, ni capaces de crear una clara identidad que los defina, el sólo hecho de encontrarse inmersos en estos amplios espacios internacionales señalados por la contingencia y el riesgo, los diferencian de aquellos otros movimientos sociales reducidos a luchar por demandas locales. Los cambios en las características que distinguen a los viejos de los nuevos movimientos sociales en México, a veces son imperceptibles; en lo esencial, su particularidad radica en la manera como se ubican en los problemas creados por la actual modernidad capitalista.

Qué mejor ejemplo al respecto, que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). Tanto su lucha propia, como el efecto político y social que irradia sobre amplios e importantes sectores de la sociedad civil, lo ponen a la cabeza de los más significativos, sino es que el más representativo movimiento social en este tiempo de transición política. Hoy, después de 6 años de lucha, resulta evidente que las diversas batallas políticas que el EZLN ha entablado con los gobiernos federal y estatal, rebasan con mucho los límites regionales en que estas instituciones insisten en ubicar su presencia. Sus objetivos van más allá de Chiapas y del problema indígena; traspasan incluso las fronteras nacionales al convertirse en un foco importante de resistencia en contra del orden neoliberal en el mundo; se oponen implícita y explícitamente a que los diversos grupos, movimientos e instituciones que integran la sociedad civil en México, en especial los grupos marginados, compartan la contingencia y el riesgo que crea la modernidad del capital.

No es un movimiento social, vestido de ejército y transformado en institución política armada y en la clandestinidad, al que podemos calificar de fundamentalista —el pensamiento político que expresa así nos lo hace pensar—, más bien se presenta como un movimiento que se resiste a aceptar las modalidades de una política económica que responde —afirman— a las exigencias de los grandes grupos transnacionales causantes de la extendida miseria en el mundo; poderes internacionales que someten —enfatan— a los cada vez más débiles estados nacionales.

Por diferentes cauces, y a pesar de encontrarse situado físicamente en el fondo de

la selva chiapaneca, acorralado cada vez con más encono por el Ejército Mexicano y grupos paramilitares diversos, el EZLN es un movimiento social que mantiene contacto permanente con otros movimientos que en diversas partes del mundo, en especial en el continente europeo, experimentan las posibilidades de una modernidad reflexiva. Nos referimos en especial a las organizaciones internacionales de derechos humanos, así como a otras muchas que se oponen a la doctrina neoliberal como rectora ideológica-económica de los destinos del mundo.

Ciertamente, después de 6 años, no están del todo claros los objetivos que el EZLN persigue. En un principio, su llamado a reformar la Constitución a través de la creación de un nuevo Congreso Constituyente, parecía tener la intención de volver a la Constitución original, la de 1917; sin embargo, al calor de la lucha, y sin abandonar estos primeros objetivos propios del nacionalismo revolucionario, el EZLN comenzó a apostarle políticamente a la sociedad civil; ¿a qué sociedad civil?, a aquella que, según plantea Offe, se ubica en el espacio que se sitúa entre lo público y lo privado —lo público en construcción le llama—, donde diversos actores sociales intervienen para vigilar, atender y castigar las prácticas institucionales.<sup>17</sup> Al margen de los resultados obtenidos y de los comportamientos adoptados, bien podemos decir que los diversos actores sociales que pretenden ubicarse en el espacio público en construcción, se organizaron en los Frentes Zapatistas de Liberación Nacional, instituciones que surgen después de la Cuarta Declaración de la Selva Lacandona, y que tienen su antecedente en la disposición del EZLN de llamar, en la Tercera Declaración de la Selva Lacandona, a la formación de un Movimiento de Liberación Nacional, y en el llamamiento a la sociedad civil, en la Segunda Declaración de la Selva Lacandona; a organizarse en una Convención Nacional Democrática.

<sup>17</sup> Clauss Offe, "Los nuevos movimientos sociales cuestionan los límites de la política institucional", en *Partidos Políticos y Nuevos Movimientos Sociales*, Madrid, Fundación Sistema, 1988, pp. 163-224.

Los Frentes Zapatistas de Liberación Nacional, mostraron una nueva forma de organización de la sociedad civil que, sin pretender participar directamente en la actividad política partidaria, si tratarían de influir políticamente desde diversos espacios sociales para impulsar un particular tipo de democracia que abarcara, además de la dimensión electoral, los terrenos propios de la sociedad civil y de la economía. Su propuesta, novedosa por cierto, radica en otorgarle fuerza política a la sociedad civil fuera de los espacios y de las reglas de los partidos políticos. Por ello, se asienta que los integrantes de los diversos Frentes Zapatistas, no podrán desempeñar ni aspirarán a ocupar cargos de elección popular o puestos gubernamentales en cualquiera de sus niveles; no pretenderán la toma del poder y no podrán constituirse como partido político.<sup>18</sup>

Resulta obvio que en el espectro internacional, al EZLN lo debemos ubicar como un movimiento de resistencia a la modernidad del capital. Tanto su lucha como sus propuestas niegan el nuevo orden internacional, por tanto, se oponen a los elementos que lo sostienen: la contingencia y el riesgo; sobre todo cuando estas cualidades dejan sin futuro a extensos sectores de la población, en este caso a los asentamientos indígenas en lo particular, y a las amplias capas de población marginal en lo general. En este sentido, el carácter de resistencia que adquiere la lucha zapatista, no puede entenderse sólo desde el contorno de la política nacional, se requiere necesariamente observarlo desde los procesos de globalización económica e ideologización neoliberal, para comprenderlo dentro de esta modernidad contingente y riesgosa.

Y esto que resulta claro para el movimiento zapatista, se observa también con frecuencia en otros movimientos. Luchan por determinadas demandas, muy concretas y circunscritas a un espacio y a un tiempo determinado; pero combaten también —sin darse cuenta del todo— la influencia de un poder internacional, que al limitar cada vez más el poder

<sup>18</sup> Luis H. Méndez B., "Orden e Ingovernabilidad", Capítulo 4 de *Poder, Ideología y Respuesta Social*, México, Libros de El Cotidiano, UAM-A y Grupo Editorial Eón, 1997.

de los estados nacionales, impone sus condiciones en prácticamente todos los espacios de la vida social. Esta intrusión, casi nunca manifiesta, provoca el surgimiento de un conjunto de movimientos sociales, diversos y contradictorios, que por sobrevivencia cultural, económica o ideológica, se resisten a los cambios exigidos —o sugeridos— desde el exterior. En suma, los conflictos que hoy se establecen en diferentes espacios sociales entre distintos sectores de la sociedad y diversas instituciones públicas o privadas, tienen que ver de manera determinante con la imposición de modelos o el establecimiento de medidas que, directa o indirectamente, aluden a los esquemas que impone la modernidad del capital; y a diferencia de lo que según parece ser sucede en otras latitudes, aquí la movilización social poco tiene de reflexiva: es suspicaz a cualquier tipo de transformación social o económica pensada o calificada como modernizante. Para una gran parte de los movimientos sociales en México, modernidad es sinónimo de despojo cultural o de marginalidad económica; es equivalente a la existencia de un presente incierto, o a la espera de un futuro cancelado.

Quizá, a manera de ejemplo, podríamos citar uno de los movimientos sociales más angustiantes y pesadillescos que ha vivido la ciudad de México: el movimiento estudiantil en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), iniciado en abril de 1999 y, hasta enero del 2000, sin solución. El motivo: la pretensión de la administración universitaria por elevar las cuotas de la institución. El trasfondo académico: la búsqueda de la excelencia en la institución universitaria más importante del país, de acuerdo a los moldes establecidos en las universidades norteamericanas y conforme a las necesidades creadas por el Tratado de Libre Comercio firmado por México, Estados Unidos y Canadá a fines de 1993. Los entretelones políticos: aprovechar el movimiento —¿o crearlo?— para desprestigiar al gobierno de la Ciudad de México, en manos del PRD, y a su candidato a la presidencia de la República, Cuauhtémoc Cárdenas.<sup>19</sup>

<sup>19</sup> Para profundizar sobre el conflicto universitario ver Hugo Aboites, "La batalla por el financiamiento de la educación superior en los años 90" y "Movimiento y huelga en la UNAM: ¿el último conflicto universitario del

En este marco, ya de por sí confuso y contradictorio, surge y se recrea un particular movimiento social. Se dice apartidista, pero observamos la activa presencia del PRD y del PRI en él; se pregona como antielectoral, pero sus acciones se inscriben claramente en la contienda electoral por la presidencia de la República; se declara preocupado por los problemas universitarios, a pesar de que no pocos grupos lo sienten como una plataforma desde donde se podría iniciar una revolución proletaria, o una lucha popular y prolongada. Por otro lado, muy al estilo zapatista, se presentan con direcciones rotativas y sin liderazgos identificados con claridad.

Por supuesto, los rasgos antes citados corresponden a aquellos grupos, grupitos o grupotes, que controlan el movimiento al interior del llamado Consejo General de Huelga (CGH), ayudados o bloqueados por esos ruines y encubiertos personajes infiltrados en todo movimiento, al servicio de fuerzas políticas —frecuentemente gubernamentales— ajenas a sus objetivos. Lo curioso es que las bases del movimiento, tienen poco conocimiento de las peculiaridades de este control. Para la mayoría de los estudiantes que participan en el movimiento, la lucha se centra en los 6 puntos del pliego petitorio,<sup>20</sup> demandas que para nada expresan el perfil político que muestran los grupos que controlan el CGH. Su preocupación es académica y su objetivo es defender la universidad pública tal y como se mandata constitucionalmente.

En este nudo de contradicciones, de apariencias, de simulaciones, algo sí resulta claro: la lucha por la permanencia de la universidad pública, significa la posibilidad de existir en el futuro inmediato. Los huelguistas saben bien que de no triunfar, los proyectos modernizadores de la tecnocracia universitaria, impulsados desde las cúpulas del poder,

siglo XX, o el primero del siglo XXI?", en *El Cotidiano* N° 95 y 96, mayo-junio y julio-agosto, 1999; Sergio Sánchez D. "El izquierdismo y la huelga en la UNAM", *El Cotidiano* N° 98, noviembre-diciembre, 1999.

<sup>20</sup> 1. Educación gratuita. 2. No a las reformas de 1997. 3. Rompimiento de la UNAM con el CENEVAL. 4. Congreso universitario democrático y resolutivo. 5. Desaparición de los grupos de vigilancia en la UNAM. 6. No a los cursos extramuros y terminación del semestre.

los dejarían fuera de cualquier probabilidad de acceder a una carrera universitaria. Y es que este juicio desesperanzado tiene que ver en gran medida con la composición social del movimiento: pobres tirándole a marginados. Les llaman “ultras”, pero en realidad, fuera de los grupos controladores del movimiento que no encuentran acuerdo ni entre ellos mismos, el adjetivo les queda flojo, al menos en lo que respecta a los aspectos relacionados con las posiciones políticas. El carácter de “ultra” tiene que ver más bien con abandonos sociales y desarraigos culturales, y se manifiesta a través de la violenta desconfianza que muestran a la autoridad universitaria, a la autoridad estatal y a la presencia partidaria. Resulta escasa su voluntad negociadora porque se mantiene de principio un recelo contra cualquier tipo de poder, dominio o mando, de aquí su intransigencia. Lo “ultra”, creemos, debemos entenderlo no sólo como desesperación política — aunque ésta también exista —, sino más bien como exasperación social, como iracunda respuesta a un régimen autoritario y excluyente que, al menos durante la rectoría del Dr. Barnés, se mantuvo intolerante también en cuanto a viabilidades negociadoras.

En algún momento de la lucha, la base estudiantil en huelga comenzó a denunciar ante la opinión pública el hecho de que los medios masivos los trataban como seres inferiores. No sólo se les caricaturiza y difama — acusaron —, sino que también se les discrimina por no ser “güeritos” y por carecer de la presentación personal que la “sociedad” califica como aceptable. Es cierto, esta cualidad de marginales será explotada políticamente por el movimiento; sin embargo, el rencor social que en cada movilización muestran no es ficticio, no es simulado, es verdadero; resentimiento que, dentro de la confusión reinante al interior del CGH, será aprovechado políticamente por diversos grupos o infiltrados de siniestro signo, para calificar, por ejemplo, a Cuauhtémoc Cárdenas, al PRD, al gobierno perredista del Distrito Federal y al periódico La Jornada, como los enemigos históricos del movimiento.

No obstante lo anterior, sería un error considerar que esta condición marginal en que se colocó el movimiento es sólo una estrategia de lucha. Por todo lo acontecido hasta el momento, bien puede buscarse en este he-

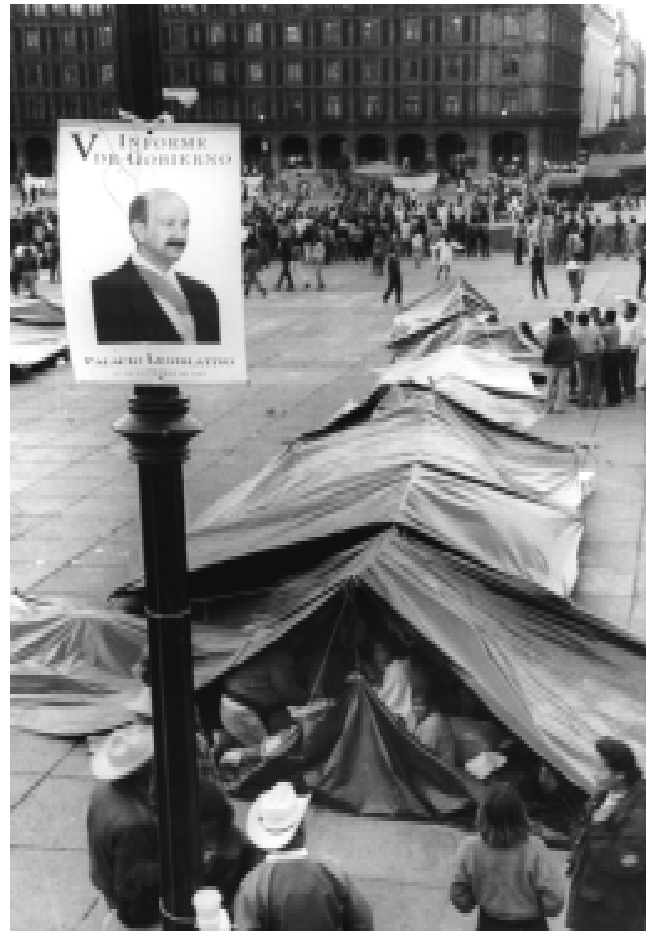


FOTO: MARIO PALACIOS/JUND

cho, cierto y comprobable, las razones de la sinrazón que expresa el comportamiento de gran parte de las bases universitarias que participan en la huelga de la UNAM. Desde las vivencias cotidianas, aunque también desde la reflexión teórica, tanto a los grupos controladores “ultras” como a las bases estudiantiles que aprueban sus comportamientos, les ha quedado claro que no los incluye ni el futuro de la universidad de excelencia, ni la sociedad globalizada en su conjunto. La fuerza de la modernidad capitalista, que de muy diversas y extrañas formas copa todos los espacios y momentos de nuestra existencia, no le deja lugar a este sector social desarraigado. El rencor social se acrecenta y la lucha política se radicaliza. No se busca convenir con el oponente, se va tras el todo o nada. La permanencia de la universidad pública es el objetivo que no se negocia. En busca de la sobrevivencia, la obstinación es la constante del movimiento y la incredulidad su bandera de lucha.

Por lo demás, al igual que el movimiento zapatista, los huelguistas de la UNAM son un movimiento de resistencia a la modernidad y, en sus muy diversas y accidentadas acciones, muestran cómo, sin proponérselo y mucho menos desearlo, sufren los efectos de la contingencia y el riesgo propios de una modernidad avasalladora que, para nuestras tierras, resulta difícil todavía convertirla en acciones reflexivas, al menos para los movimientos sociales que genera su presencia. Así podemos hablar del movimiento de El Barzón y su lucha contra el mundo financiero, o de los cientos de huelgas obreras, que si formalmente aparecieron como un tradicional conflicto entre el capital y el trabajo, su inclusión en los procesos internacionales de la fábrica global vinieron a darles una nueva connotación; y qué decir de movimientos campesinos, igualmente tradicionales, actualizados por su inserción a las exigencias del orden mundial; o movimientos urbanos, etcétera.

### **Movimientos sociales ambientalistas en Ciudad Juárez y Matamoros**

No cabe duda que la expresión más diáfana de la inserción —¿forzada?— de nuestro país a los procedimientos creados por los poderosos consorcios internacionales que impulsan el nuevo orden mundial globalizado, y que cooperan de manera decisiva en la consolidación de la nueva modernidad capitalista, se expresa en la generación, desarrollo y fortalecimiento de la industria maquiladora, en especial de aquella establecida a lo largo de la frontera compartida con los Estados Unidos. Sector industrial de enorme rentabilidad, perteneciente a poderosas firmas transnacionales que gozan de las grandes ventajas comparativas que le ofrece una fuerza de trabajo barata, una legislación ambiental laxa y una protección excesiva de las autoridades municipales, estatales y federales. Rama productiva que genera empleo en un país tradicionalmente desempleado, pero que en muy poco ayuda al desarrollo de la planta productiva nacional; al importar casi el 100% de las materias primas y los insumos que utiliza en la producción. Espacios laborales que, ante tan favorables condiciones, mantienen toda su atención en

el incremento de la productividad, el fortalecimiento de la competencia y el crecimiento de la ganancia, en detrimento de las condiciones laborales, del encadenamiento productivo de la industria nacional y, lo más inquietante, en perjuicio de un medio ambiente cada vez más deteriorado que no sólo altera los equilibrios ecológicos en la región, sino que actúa de forma cada vez más perversa en contra de la salud de trabajadores y habitantes de las zonas maquiladoras. Y es aquí, precisamente aquí, al momento que mencionamos el problema de los desechos tóxicos y su negativo impacto sobre el medio ambiente y su execrable huella sobre la salud de trabajadores y habitantes, cuando resulta inevitable hacer referencia a la contingencia y al riesgo que el capital impone para su desarrollo: contingencia y riesgo que va más allá de la zona en donde se origina la contaminación industrial; peligrosa eventualidad que alcanza diversas latitudes extendiendo su halo contaminante a ambos lados de la frontera; circunstancia desgraciada que coopera en mucho al desarreglo ecológico del mundo. Y todo esto considerado como un riesgo contingente que, se considera, hay que jugar para impulsar el desarrollo productivo.

¿Hasta qué punto se toma la opinión de los afectados?. En un país con movimientos sociales que hacen suya la modernidad reflexiva, podríamos decir que en mucho. La sociedad participa e impone sus condiciones al desarrollo del capital; o, a veces, decide con él jugar los riesgos que se corren en aras de un muy particular mejoramiento social. Pero en un país como el nuestro, los movimientos sociales observan otro tipo de comportamientos. Para el caso de la industria maquiladora, lo primero que llama la atención es que, a pesar del enorme riesgo que se corre, los actores directamente involucrados en el problema —la fuerza de trabajo empleada y sus organizaciones sindicales— rara vez se manifiestan en contra de los inconvenientes de la contaminación que provocan las plantas en que laboran; resulta turbador advertir cómo es más importante para el obrero la conservación del empleo que la conservación de la salud y la vida; y no es menos alarmante ver la falta de conciencia que existe, la irresponsabilidad de ignorar el hecho de que el problema de la contaminación no se queda en la planta, sino que se ex-

tiende muchos kilómetros más allá de los espacios fabriles. La modernidad con su contingencia y su riesgo se encuentra presente en las zonas maquiladoras, pero su cualidad reflexiva es prácticamente inexistente.

De los resultados obtenidos en dos investigaciones realizadas en la frontera norte, una en Ciudad Juárez, Chihuahua y la otra en Matamoros, Tamaulipas,<sup>21</sup> encontramos dos similitudes: una, que en estos dos espacios urbanos la industria maquiladora mostraba su desprecio, tanto al medio ambiente, como a la salud de sus habitantes. Existía una constante: la impunidad productiva, ejercida bajo el disimulo —o la protección abierta— de las autoridades de gobierno, y ante el laxo comportamiento de una organización sindical; proclive a cualquier tipo de flexibilidad laboral propicia al empresario maquilador. La otra, que el principio ideal del que partieron las dos investigaciones —la transformación favorable a la calidad de vida de los habitantes de la zona fronteriza, víctimas de un modelo industrializador depredador, tendrá que partir, necesariamente, de las organizaciones engendradas en la sociedad civil— se encontraba lejos aún de tomar la fuerza suficiente para cambiar la desigual correlación de fuerzas establecida entre el capital maquilador y la población afectada. Más aún, comprobamos que, al margen del número y de la importancia de las movilizaciones realizadas en estas regiones, los efectos perversos fecundados por esta actividad industrial, lejos de disminuir, aumentaban, convirtiendo la región en un peligroso basurero fabril, capaz de alterar negativamente —e incluso destruir— cualquier forma de vida.

Por supuesto, existe la respuesta social a la depredación maquiladora, y no sólo en Ciudad Juárez y Matamoros sino también, y quizá con más eficacia, a lo largo de la frontera. Y en esta lucha, no podemos dejar de mencionar la importante presencia de dece-

<sup>21</sup> Miriam Alfie Cohen, *...Y El Desierto se Volvió Verde. Movimientos Ambientalistas Binacionales*, Libros de El Cotidiano, UAM-A, Universidad Iberoamericana, Fundación Miguel Alemán A.C., México, Grupo Editorial Eón, 1998; Miriam Alfie Cohen y Luis H. Méndez B., *Maquila y Movimientos Ambientalistas: Examen de un Riesgo Compartido*, Libros de El Cotidiano, Conacyt, UAM-A, Grupo Editorial Eón, (en prensa)

nas de organizaciones sociales ambientalistas binacionales, preocupadas por limpiar la frontera de desechos tóxicos. Sus logros no son para nada despreciables, sin embargo, en esencia, el problema subsiste: este tipo de organizaciones debilitan su esfuerzo si no se acompañan de movimientos sociales específicos, y éstos, como ya mencionamos, son escasos, y los que existen, además de ser esporádicos, frecuentemente expresan sus contradicciones con este tipo de organizaciones. Las ONG ambientalistas son, en lo general, organizaciones que entienden la modernidad capitalista y, en consecuencia, actúan reflexivamente; los movimientos sociales maquiladores son en principio movimientos de resistencia; cuando parten de la fábrica, les interesa la conservación del empleo y la mejora salarial, los problemas ambientales los ignoran o los disimulan; cuando se extienden a la sociedad, además de entrar en desacuerdo con los trabajadores maquiladores, no siempre entienden la lógica reflexiva que impulsan las organizaciones ambientalistas que los apoyan. Para los individuos movilizados el maquilador es el enemigo, no es confiable y, salvo las organizaciones sindicales cetemistas, difícilmente pueden imaginar una alianza con él. Las ONG ambientalistas, por el contrario, buscan la conciliación, el acuerdo que, en ocasiones, los puede llevar incluso a compartir contingencias y riesgos.

A partir de nuestras observaciones, las conclusiones fueron desesperanzadas. Reconocimos los evidentes avances desde la sociedad civil para proteger el medio ambiente: sus luchas; sus denuncias; sus movilizaciones; su participación como interlocutores entre empresarios, gobiernos y sociedad; la presión que ejercen para regular jurídicamente el cuidado ambiental y resguardar los equilibrios ecológicos. Pero los datos fueron contundentes: a pesar del enorme esfuerzo; a pesar de los significativos avances en formas de organización y de lucha, los procesos contaminadores, al menos los que produce la industria maquiladora en la frontera norte del país, lejos de detenerse, se incrementaban.

Desde el inicio de nuestro trabajo de investigación entendimos la vocación globalizadora de esta actividad industrial, y quisimos suponer que en tan estratégico espacio los movimientos sociales centrarían su acción.

No ha sido así, lo han impedido las inercias corporativas que soporta el movimiento obrero, así como las particularidades de un proceso de transición política que favorece el fortalecimiento de la economía y el desarrollo de la política partidaria. A pesar de la movilización ciudadana, la industria maquiladora en las dos zonas estudiadas, poco ha cedido en su afán de enriquecimiento unilateral y, en no pocas ocasiones, ilícito. El éxito de los movimientos sociales ambientalistas, ha sido fugaz y transitorio; incapaz, todavía, de detener el proceso de destrucción ecológica en estas zonas fronterizas. Así, cuando menos en el caso de Matamoros, resultó claro lo exiguo de la respuesta social ante la actitud indiferente del capital maquilador. Los datos fueron contundentes al respecto: trabajadores y habitantes en general, permanecían prácticamente como espectadores de un modelo de explotación in-

dustrial que deteriora, de manera alarmante, su calidad de vida.<sup>22</sup>

### El futuro inmediato<sup>23</sup>

Estamos convencidos que para cambiar la situación imperante en Ciudad Juárez y en Matamoros, se requiere en lo esencial, que tanto movimientos sociales como organizaciones ambientalistas, dejen de actuar esporádicamente y se conviertan en vigilantes permanentes de las prácticas de la autoridad gubernamental, del empresario maquilador y de las mismas direcciones sindicales; que se transformen no sólo en los denunciantes de la problemática ambiental, sino, primordialmente, en los incentivos de los posibles cambios. Sólo así, creemos, cabría la posibilidad de que se corrigieran los esquemas de industrialización vigentes para la empresa maquiladora, en beneficio del medio ambiente y de un trabajador que fuera más allá de la defensa de su empleo y se preocupara, de manera prioritaria, por la salud y la calidad de vida.

¿Qué hace falta?. Un proyecto alternativo. ¿a qué nos referimos?: a que desde los actores sociales afectados por la acción maquiladora, y desde las organizaciones sociales ambientalistas que trabajan en la región, se construyan nuevas formas de hacer política. *Es decir, impulsar un proceso de socialización<sup>24</sup> donde la democracia se vuelva incluyente al abarcar los espacios de la sociedad*

<sup>22</sup> En el caso de Ciudad Juárez la situación es diferente en cuanto a movilizaciones sociales se refiere, sin embargo, el resultado no se modifica: a pesar de que existe mayor actividad social, ésta sigue siendo esporádica, y lo principal, a pesar de algunos resultados favorables, no han sido suficientes para modificar la situación de deterioro ambiental que se vive en la región.

<sup>23</sup> Algunas de las aproximaciones al futuro inmediato que muestra esta reflexión final, fueron tomadas de las conclusiones del libro de Miriam Alfie y Luis H. Méndez, op. cit.

<sup>24</sup> Entendemos por socialización el proceso democrático que supera los límites procedimentales propios de la democracia electoral, e incluye la posibilidad de democratizar los espacios de la sociedad civil y de la economía. Ver Guillermo O' Donnell y Philippe Schmitter, *Conclusiones Tentativas sobre las Democracias Inciertas*, Paidós, Buenos Aires, Barcelona, México, 1988.



FOTO:

*civil; donde se reivindique la acción política a su interior. Edificar el llamado espacio público en construcción, donde los actores sociales intervienen para vigilar, atender y castigar las prácticas institucionales.*

En lo concreto, lo anterior implica, necesariamente, que el proceso de transición política en el país tome otro rumbo: el de la democratización de la sociedad civil, y que sus efectos tengan la capacidad de involucrar las realidades políticas regionales.

Por supuesto que los procesos de transición no son lineales, van del centro a la periferia y viceversa. O lo que es lo mismo: sería un error considerar que las fuerzas sociales de Ciudad Juárez y Matamoros tendrían que esperar a ser iluminadas por la luz que llegue del centro. El trabajo es paralelo y no necesariamente conjunto. Las influencias de fuera facilitan el trabajo local, pero si el trabajo de los actores y organizaciones sociales involucradas con el medio ambiente en la región, no son capaces de romper con sus tradicionales inercias, de poco o nada servirá el influjo externo.

Consideramos que un punto de partida importante para lograrlo, sería incentivar el trabajo alrededor de la batalla por el *derecho a saber*. Este debería ser el proyecto prioritario de las organizaciones ambientalistas en la zona. Que en lugar de dispersar la acción alrededor de múltiples actividades, hoy lo sensato sería centralizarla en este aspecto determinante del conocimiento sobre lo que ocurre. Que sólo llevando hasta sus últimas consecuencias la cruzada por el *derecho a saber*, es posible crear una mínima conciencia entre trabajadores y población en general, desde donde pueda partir la movilización social recurrente que dé razón de ser a las organizaciones involucradas en los problemas ambientales.

Varias preguntas se nos ocurre formular para situar con mayor objetividad el anterior comentario. ¿Qué viabilidad política y organizativa tiene una acción como la que aquí planteamos como necesaria?. ¿Se podrá combatir la hasta hoy exitosa estrategia patronal del encubrimiento, la distorsión, el engaño y la mentira?. ¿Las condiciones en que hoy se desarrollan las organizaciones ambientalistas en Ciudad Juárez y Matamoros, les permiten

enfrentar con fortuna la estrategia empresarial de la obscuridad informativa?.

Visto el problema en lo inmediato, las respuestas parecen no ser muy favorables a esta iniciativa. Resulta evidente que en los últimos años se observa una pérdida de fuerza, tanto de movimientos sociales como de organizaciones ambientalistas en estas regiones. Hay muchas razones que lo explican, y una en especial, es la que queremos subrayar aquí: las empresas maquiladoras, en una actitud aparentemente reflexiva orientada a resolver los problemas ambientales, no sólo donan dinero a las ONG involucradas, sino que además, participan directamente en las redes que estas organizaciones conforman. Acciones que, hasta el momento, no se han traducido ni en una internalización de los costos ambientales, y mucho menos en una disminución de los problemas que ocasiona a la salud. Bien podemos decir, aunque suene un poco arriesgado, que esta actitud patronal, más que buscar una solución a los problemas, se orienta a controlar la oposición que desde la sociedad se ejerce a su actividad. No es una preocupación real, es una actitud que en mucho se parece a una particular forma de corporativismo empresarial.

Por corporativismo empresarial entendemos, de una manera muy general y desde una perspectiva estrictamente laboral, la supeditación del interés de los trabajadores como clase al interés, no ya del Estado, sino de la corporación empresarial, a cambio de una serie de beneficios de orden gremial. Para el caso que nos ocupa, nos atrevemos a hablar de corporativismo empresarial, no laboral sino social, por lo siguiente: aquí no está en juego el interés gremial, sino la defensa del medio ambiente, la salud y la calidad de vida. Esta defensa, como ya vimos, rara vez proviene de los trabajadores, generalmente depende de las organizaciones ambientales. El problema entonces no son los trabajadores maquiladores; ellos, comprobamos, priorizan la permanencia en el empleo sobre cualquier otra variable; los conflictos provienen de las ONG que denuncian y que tratan de ejercer y difundir el *derecho a saber*. Los patronos maquiladores, aparentemente conscientes del daño ambiental que producen sus empresas, pero sobre todo, sabedores de los problemas de financiamiento de estas organizaciones sociales, deciden participar en

las redes de ONG, no sólo aportando dinero para los diversos trabajos de los ambientalistas, sino formando parte integral de sus organizaciones. Creemos que esta situación, al menos en el corto plazo, difícilmente cambiará.

En consecuencia, no creemos pecar de ligeros al suponer que la presencia de los grandes consorcios maquiladores en las redes ambientalistas, seguirá cumpliendo como su principal fin el controlar, en su beneficio, la respuesta social. Para ello, seguirá contando con la eficiencia del corporativismo sindical que mantiene controlado a las bases trabajadoras, a la necesidad de financiamiento de las ONG y, sobre todo, a su reflexiva creencia de que es posible negociar con el capital los problemas del medio ambiente y la salud en un lugar como la frontera norte. Consideramos que continuará la política adoptada por las organizaciones sociales ambientalista binacionales en Matamoros y en Ciudad Juárez, de priorizar, por sobre la movilización social, la negociación con las empresas. El riesgo: que se manipule y oscurezca el ejercicio del *derecho a saber*.

Así, visto el problema, las posibilidades de impulsar en nuestras zonas de estudio una estrategia de acción a partir del *derecho a saber*, resultan ínfimas desde el espacio sindical y limitadas desde los espacios que ocupan las ONG. Más aún, suponiendo que fuera importante la fuerza externa proveniente de organizaciones binacionales, de poca utilidad sería si la acción no parte de organizaciones nacionales que apoyen a movimientos sociales específicos. Cuestión que, por desgracia, no sucede y no se ve que acontezca con la frecuencia deseada.

¿Qué otras fuerzas sociales podrían jugar a favor de esta ofensiva?. Se nos ocurre pensar que la agitación política desatada por las elecciones presidenciales del 2000, podrían tener algún tipo de efecto. Pero, ¿estará el gobierno federal, los partidos políticos, el candidato institucional y los candidatos de oposición a ir más allá del discurso y enfrentar las consecuencias de un proyecto industrializador favorecido por el TLC?. Seguramente no. Son demasiado fuertes los compromisos contraídos; es demasiado poderosa la presión internacional hoy vestida de globalismo. Desde el poder político, aun y cuando lo detente un gobierno de oposición, no cambiarán en lo esencial los

términos establecidos —por supuesto no escritos— que le permiten a esta industria lucrar con el trabajo, el medio ambiente y la salud: la industria maquiladora en la frontera norte, continuará siendo un proyecto contingente, incierto y riesgoso.

Y en esta caótica situación, no podemos dejar de preguntarnos: ¿para qué sirve la democracia?. Si nos atenemos al modelo existente, limitado a las formas y procedimientos necesarios para hacer de los procesos electorales eventos políticos confiables y creíbles, podemos afirmar, sin mucho riesgo a equivocarnos, que este tipo de democracia no servirá de nada para transformar esta riesgosa forma de trabajo industrial. La economía nacional, los trabajadores maquiladores, su salud y el medio ambiente, seguirán padeciendo la irracionalidad de este proyecto.

En tan desolador paisaje y de tan escéptica reflexión, no queda sino volver a preguntarse: ¿hasta dónde podrán llegar las consecuencias perversas de la *modernización*?; ¿cómo vamos a entender, para el caso concreto de Ciudad Juárez y Matamoros, la contingencia y el riesgo propio de la modernidad capitalista?; ¿el destino es la destrucción?; ¿el caos?. No vamos a ataviarnos como profetas de la destrucción. Lo hemos dicho y lo repetimos: no creemos en destinos manifiestos. Existen tendencias cotidianamente modificables. El futuro se construye a diario. Para nuestro caso, no contamos más que con los datos expuestos y con un proceso incierto que podría incidir —o no— en posibles cambios a la situación reinante en la región.

Hoy nos queda claro que la globalización que existe en esta zona fronteriza, tiene un marcado carácter salvaje. No concilia, impone; no negocia, establece; no pregunta, ejecuta. Así, la modernidad que expresa, nada tiene de reflexiva: es autoritaria, prepotente, despótica, impositiva. La contingencia, la incertidumbre y el riesgo, no son parte de un juego democrático, se integran a un poder político y económico absoluto, no siempre legal y frecuentemente oculto, que decide al margen de la sociedad y guiado, primordialmente, por la ganancia y la rentabilidad del capital. El Sujeto no colectivo de que nos habla Toureine, aquí no es más que una fantasía; el

individualismo político de Beck, es una buena intención. Los actores sociales involucrados tienen una fuerte carga de tradición que bloquea sus posibilidades reflexivas.

¿No hay alternativa?. Sí, por supuesto. La salida existe, y en momentos muy coyunturales se ha manifestado. Insistimos, la respuesta alternativa, si se construye, vendrá de la sociedad civil; y más concretamente, de ese espacio público en construcción que se constituye como el vigilante de la acción institucional, como el impulsor de las propuestas alternativas de cambio.

Se nos puede decir, y con razón: ¿esto suena muy abstracto!, ¿mantiene algún tipo de relación con la realidad que nos importa?. ¿es posible una “insurrección” de la sociedad civil en este espacio?. No lo sabemos. La única indicación favorable en este sentido, viene de lo que ya existe y de lo que ya se ha dado: de las organizaciones ambientalistas con su carga de imponderables, y de los muy circunstanciales, pero convincentes, movimientos sociales en la región. Por otro lado, está presente también la posibilidad de que, a pesar de las dificultades que ofrece el panorama político, avancen los procesos de *liberalización* en el país; después de todo, es en este espacio donde se inscribe el *derecho a saber*.

Además, no podemos descartar la posibilidad de que el nuevo discurso ambientalista llegue a influir —esperamos que a tiempo— en las desesperanzadas realidades fronterizas: “Hoy en el mundo —afirma Victor Manuel Toledo— una nueva fuerza (¿ideológica?, ¿política?) se despliega como un proceso silencioso y profundo. Son las expresiones, minúsculas pero tangibles, de una nueva ciudadanía planetaria, los preludios de una civilización cualitativamente diferente, los esperanzadores cimientos de una modernidad alternativa. Sus ‘filosofías políticas’ (a menudo artificialmente colocadas bajo el término de ‘sustentables’) no parecen moverse ya dentro de la geometría convencional de izquierdas y derechas, y dado que surgen como experiencias fundamentalmente civiles, se hallan por fuera de las complicadas discusiones entre los apóstoles del Estado y los adoradores del mercado. Son, en el fondo, reacciones locales o microrregionales de la ciudadanía organizada, frente al proce-

so de globalización perversa que el ‘sueño neoliberal’ pretende imponernos por todos los rincones del planeta”.<sup>25</sup>

Y se nos habla de la experiencia japonesa y cubana en el campo; de las empresas de agricultura orgánica en Europa; de la agronomía ecológica en Centroamérica y Brasil; de las comunidades rurales que con esta misma inspiración se desarrollan en México, y del reconocimiento de insignes intelectuales y artistas acerca de que hoy, la empresa suprema; es la defensa del planeta. Lástima que la ejemplificación no alcance a la industria manufacturera; a la empresa de orientación maquiladora, y mucho menos a la que se ubica en la frontera norte del país.

Pero no importa. De alguna manera, los actores que actúan en la realidad que nos incumbe, también forman parte de estas reacciones locales o microrregionales de la ciudadanía organizada. Existe, al menos en el discurso de las organizaciones ambientalistas en Ciudad Juárez y Matamoros, “...una cierta ‘conciencia de especie’, una nueva ética ecológica que reconoce tanto los límites de la naturaleza como los abusos cometidos contra ella, y que por lo tanto vive preocupada por la supervivencia de la humanidad y de su entorno”.<sup>26</sup> Con poca eficiencia hasta ahora, es cierto, y quién sabe con cuanta claridad, pero el germen está inoculado. Ojalá prospere. Ojalá tenga tiempo de desarrollarse. Ojalá soporte las vacunas del capital. Ojalá resista las inyecciones inmunizadoras de la autoridad. Ojalá se extienda y contagie la conciencia de aquellos que realmente conforman los movimientos sociales. Ojalá disuelva la contradicción reflexividad-tradición, establecida hasta hoy entre organizaciones sociales ambientalistas, por un lado, y trabajadores y colonos por el otro.

Por desgracia, el tiempo político nacional y los procesos globalizadores en el mundo, pueden convertirse en excelente profilaxis contra este extraño tipo de virus rehabilitador que infecta a parte de la sociedad civil. Al menos, hasta hoy, han impedido su desarrollo en las zonas objeto de nuestra preocupación.

<sup>25</sup> Victor Manuel Toledo, “Ecología, indianidad y modernidad”, La Jornada, 4 de junio de 1999, p. 7.

<sup>26</sup> Idem.